LA CINTURA DE SERPIENTES DE LA PIRAMIDE DE TENAYUCA

SU SIMBOLISMO - CULTOS A QUE SE CONSAGRABA EL ADORATORIO

POR ENRIQUE JUAN PALACIOS

Religión de los chichimecas.—Esencialmente sostengo, en el desarrollo de estos párrafos, que la banqueta con serpientes ceñida a la porción inferior de la pirámide de Tenayuca—banqueta análoga a otras que rodeaban la base de algunas de las estructuras interiores—, simboliza el culto de la diosa de la tierra, a que estaba dedicada la parte permanente del santuario, y que el culto de esa deidad lo trajeron los chichimecas de la Huaxtecapan, comarca de que procedían a su arribo al paraje y en donde dicho numen era objeto de singular reverencia.

Que los chichimecas adoraban a la diosa de la tierra, dícelo el comentarista indígena del Mapa-Tlotzin, en frase que cito adelante. Y que tal numen procedía de la Huaxteca, sábese por diversas constancias, algunas de las cuales menciona el doctor Seler en su estudio del Tonalámatl. En concreto, los *Anales de Cuauhtitlan* afirman que Ixcuiname, una de las formas de la divinidad en cuestión, vino de la Huaxteca a Tula.

Pero el teocalli mayor de Tenochtitlan—y otros setenta y siete edificios—estuvieron rodeados, asimismo, de una cerca ornada de culebras monolíticas, el famoso *coatepantli*, vocablo que el autor del Diccionario Mitológico (Robelo) traduce por "barda de serpientes".

Contra el argumento que podría aducirse de este paralelo, en ciudad diversa de Tenayuca y poblada por otra gente, hallo dos respuestas:

También los mexicanos veneraban al numen de que se trata, honrándolo solemnemente con diversidad de nombres, de preferencia el de Coatlicue (la de la saya de serpientes), diosa madre de su numen tutelar, Huitzilopochtli; y pudieron haber tomado este culto de sus antecesores shoshones, chichimecas ellos también.

Y en segundo lugar, una cerca circunscribiendo numerosos edificios no es exactamente la misma cosa que la cintura con culebras de Tenayuca, directamente ceñida al cuerpo de la pirámide. El vocablo *coatepantli* o *coatenámitl* (muro de serpientes) no pudo ser más apropiado en el templo de Tenochtitlan. Sin rechazarlo del todo, lo que sería extremar las diferencias, pregunto aquí: ¿hay constancia de que la banqueta ornamentada de Tenayuca, muy distinta de una cerca, se llamara exactamente de ese modo? Si la hay, yo la desconozco.

Sea cual fuere la contestación, carece de mayor interés siempre que el simbolismo, el sentido, el propósito con que se decoró la banqueta ceñida al monumento, queden bien elucidados.

* * *

Sobre la religión de los chichimecas tenemos un aserto categórico del comentarista del Mapa-Tlotzin. Recuérdese que el tal sujeto era indígena y que escribió en lengua mexicana, habiendo puesto sus anotaciones en el siglo XVI, probablemente poco después de la conquista.

Esto se deduce de haber pertenecido el Mapa a don Fernando de Alba Ixtlilxóchitl, quien, principiada la siguiente centuria, escribe su historia chichimeca fundándose precisamente en ésta y análogas pinturas. No se olvide que Ixtlilxóchitl y los Mapas del grupo en cuestión son las fuentes principales de lo que sábese respecto de la citada nacionalidad. Diré, de paso, que creo que el Mapa llegó, anotado ya, a manos del historiador, lo que puede corroborarse mediante el tipo de letra, examinando algunos de sus autógrafos.

Ello es que el comentarista o glosador afirma:

"In tlalli inhguin no quiteotocaya, quimonantiaya." Lo que el sabio francés Aubin (opus. cit., pág. 62) traduce así:

Ils adoraient aussi la terre, l'appelant leur mere." Adoraban también la tierra y la llamaban su madre.

Antes había dicho el glosador:

"Zan iyo tonatiuh quiteotocaya, quimotatoyaya; inic qui teotocaya tonatiuh quiquehcotonaya in cohuatl, in totatl, quitatacaya tlalli, zacatl quitzetzelo huaya, ipan quixitzaya in eztli."

Vertiéndolo de la traducción de Aubin, tenemos:

"Adoraban solamente al sol, a quien llamaban su padre; para adorarlo, cortaban el cuello a las serpientes y a los pájaros, abrían la tierra, sacudían el cuerpo y la regaban con sangre."

Idea bastante completa nos da lo transcrito sobre la religión de los fundadores de Tenayuca. Por cierto que en tales datos se han

basado todos los grandes historiadores de México (Ixtlilxóchitl, Orozco y Berra, Chavero, etc.), y también los compendiadores de historia, para sostener unos, y repetir los otros, que los chichimecas adoraban solamente a dos deidades: el sol y la tierra.

Nótese desde ahora que la serpiente figura entre las ofrendas presentadas a esos dioses. Regaban con su sangre la tierra, refiere el comentarista.

* * *

El culto de la diosa terrestre. Su importancia y su extensión en la antigüedad precortesiana.—En otra parte del presente estudio[1] he agrupado diversos argumentos abonando la presunción de que la comarca de procedencia de los chichimecas, a su arribo al valle mexicano, fué la Huaxtecapan.

¿En que región del país han reconocido los investigadores un culto de importancia singular, dedicado a la diosa de la tierra? Sahagún lo expresa claramente: en la Huaxteca.

Basta ver el número de formas, advocaciones dijéramos, que asume esta divinidad en la antigüedad indígena, para percatarse de la importancia que su culto alcanzó. Trátase del numen poliforme por excelencia. Quizá no había otro que encarnase semejante número de modalidades, otro que con tantos dioses del Panteón autóctono se relacionara.

Ello se explica cuando se reconoce en la deidad, esencialmente, un numen de la vegetación, de la fertilidad. En otros términos: un numen de la agricultura.

¿Y qué sentido más recto podríamos asignar a la señora de la tierra, que el de patrona de las actividades que dan sustento al hombre?

Con semejante inteligencia, compréndese por qué fué dicha entidad el más reverenciado de los dioses, tan eminente que sólo con el astro-rey, el que da calor y luz al mundo, el fecundador de la madre tierra, comparte la preeminencia en el Olimpo americano.

En realidad era lógica la religión de los chichimecas, si a estos númenes y a ellos nada más tributaban reverencia. Llamaban al sol "nuestro padre" y a la tierra "nuestra madre". He aquí una religión eminentemente naturalista, sin grande sutileza o complicaciones. Sus bases fundamentales resultan tan sencillas como explicables. Adoraban al astro que da vida iluminando y calentando al mundo, y a la tierra, su esposa, que nutre a los hombres. Religión de una filosofía natural.

1 Manuscrito en la Dirección de Monumentos Prehispánicos.

Pues bien, entre las variedades indígenas de la diosa de la tierra, hay una que justamente lleva ese nombre, "nuestra madre". Es Teteo-innan "madre de los dioses", también nombrada Toci, "nuestra abuela". Recuérdese que Tonantzin, la famosa deidad agrícola, significa "nuestra madre". Hecho interesante, los chichimecas así le decían a la diosa de la tierra, "nuestra madre"; y hecho más interesante, viene de la Huaxteca el culto de Teteo-innan.

Acerca de esto sostiene el doctor Seler (Caractére des Inscriptions Aztéques et Mayas, págs. 32-33): "... la fiesta de las escobas celebrábase en honor de la diosa terrestre Teteo-innan o Toci... No hay duda que otra diosa, Tlaelquani, Tlazoltéotl, sea la misma que la diosa de la tierra, Teteo-innan o Toci... Teteo-innan es semejante bajo el enlace del aspecto de los ornamentos, a la diosa que los intérpretes designan como Tlazoltéotl. Del modo como aquélla, en su carácter de diosa huaxteca, llevaba en su cortejo, el día de su fiesta, individuos vestidos al modo huaxteca, así cuenta Sahagún que Tlazoltéotl era venerada sobre todo de los mixtecas y olmecas y de los huastecas..."

Describe luego el tocado de la deidad, con dos trenzas paradas en la frente y el cabello retenido por una cinta, clavados allí un par de husos. Lleva, además, una capa de caucho sobre la porción inferior del semblante y porta en la nariz el mismo ornamento—*yacametztli*—que Pantécatl, dios del pulque, procedente de la Huaxteca. Coincidía su festividad mayor con el tiempo de las cosechas, y los oficiantes danzaban ataviados con emblemas fálicos.

El siguiente párrafo da mejor idea de la naturaleza de la diosa (Seler. "Coutumes et atributes de les divinites de Mexique." Societé des Americanistes de Paris; pág. 218):

"Teteo-innan, madre de los dioses, también llamada Toci, nuestra abuela, llámase, asimismo, la abuela de la tierra, el corazón, es decir, lo interior; la tierra, la esposa del dios del cielo, la patrona de la maternidad, idéntica a Tlazoltéotl, que borra las faltas."

Nótese la multiplicidad de funciones del numen. Amplísimo aparece su simbolismo. Hay conexión de sentido con ideas de generación y de fertilidad.

Admirable encadenamiento de ideas, que prueba cómo la religión y la mitología indígenas mexicanas reposaban en una base realista y natural.

De hecho el análisis de la deidad terrestre, reverenciada en Tenayuca según la presente tesis, engloba casi en su totalidad, junto con el culto del sol, el sentido de múltiples figuras del Panteón autóctono, las cuales, consideradas así, básicamente se reducen a la filoso-

fía natural de la vida de un pueblo cuya subsistencia depende de la agricultura, y que defiende ese vivir de cuantos lo rodean.

Razón tuvieron los chichimecas en adorar sólo a dos supremas deidades: Tota y Tona, el padre y la madre, ya que, reverenciando sólo a ellas, reverenciaban de hecho a la mayoría de las restantes.

* * *

Veamos la presencia, en Tenayuca, de emblemas concretos que demuestran que la diosa de la tierra, junto con el sol, era el numen en especial adorado.

Prescíndase por el momento del dato categórico de que los chichimecas sólo a esas deidades daban culto. Prescíndase de que parece estar demostrado que tales tribus llegaron de la Huaxteca.

Infiero que la cintura de serpientes alude a la divinidad terrestre, considerando que el vestido de Coatlicue, una de sus formas principales, está hecho de culebras entretejidas.

Coatlicue, variante de la diosa terrestre, ostenta vestidura toda entretejida de serpientes. Eso significa el nombre: "la de la saya, la enagua de culebras". La imagen más hermosa hasta la fecha conocida de ese numen se admira en el Museo Nacional de Arqueología. Es una estatua de gran arte, pavorosamente concebida. Cabezas enormes de serpiente suplen el rostro del numen, y la enagua es una urdimbre, un tejido de enlazadas culebras (fig. 1). La realización plástica sugiere vigorosamente el nombre de la deidad.

En el manuscrito de la biblioteca de Florencia, publicado por Paso y Troncoso, Sahagún presenta la imagen de Coatlicue. Si no la falda entera, aparece el cinturón de la diosa exhibiendo la culebra anudada, y en su mano vese el *coatopilli*, el cetro de serpientes.

Nótese que el ofidio constituye el símbolo característico de la deidad. Ahora, si los chichimecas adoraban a este numen y al astro del día, y si el monumento de Tenayuca presenta diversos emblemas referentes al culto solar, ¿no será lógico inferir que la enorme cintura de serpientes constituye una plástica alegoría del vestido de Coatlicue, o cualquiera otra variante de la reverenciada diosa de la tierra?

Habiendo comprobado con diversos argumentos que los fundadores de la pirámide llegaron de la Huaxteca, centro del culto de Teteo-innan-Tlazoltéotl, ¿resulta aventurado asegurar que, dedicado uno de los santuarios de Tenayuca al culto del sol, según los emblemas lo declaran, el otro naturalmente debió consagrarse a la divinidad terrestre, traída de la patria de origen?

Por consiguiente, prescindiendo de los signos, ídolos y demás simbolismos que, por conjetura, deben de haberse encontrado en el santuario superior, a la fecha destruído, cabe sostener que la cintura de

FIG. 1

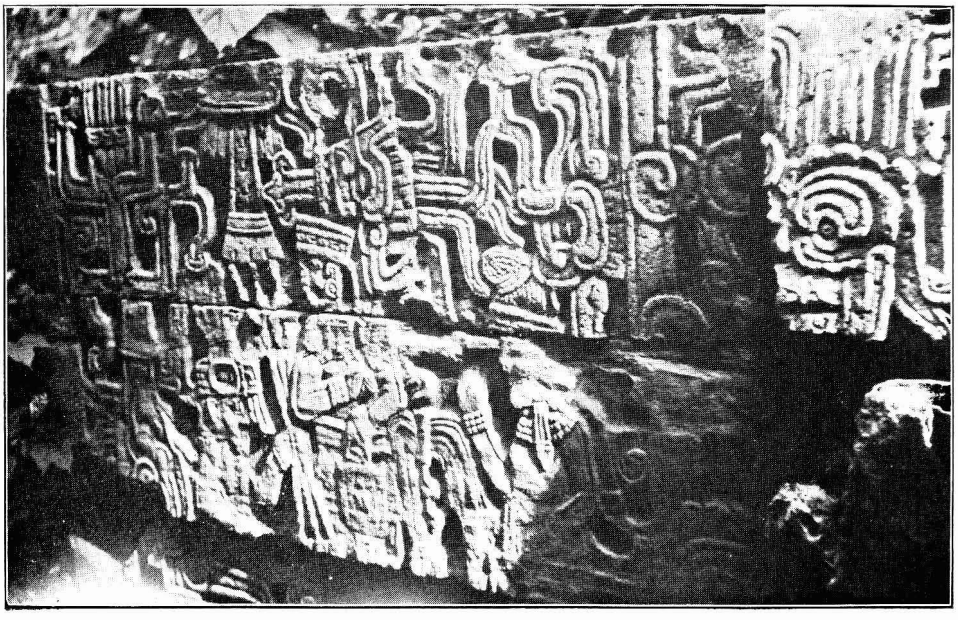

FIG. 2

culebras de la banqueta ceñida al monumento, alude alegóricamente a la vestidura de la diosa en cuestión.

A corta distancia de Tenayuca, en el cerro de Tepeyacac (ahora Villa de Guadalupe), los españoles encontraron un culto extraordinariamente difundido, el de Tonantzin. Representa a la misma diosa de la tierra. No consta en ningún texto que fuese un culto azteca especialmente; puede tratarse de algo más antiguo, acaso el viejo culto chichimeca de la diosa terrestre, o una derivación que los aztecas tomaron de aquel pueblo. Nada tendría de extraño, pues, que en las cercanías se asentase un santuario semejante, y tal vez de mayor importancia. Este sería, entonces, el gigantesco monumento de Tenayuca dedicado al sol y a la tierra, númenes de la antigua religión chichimeca.

Que un tejido de serpientes represente en forma adecuada la vestidura de la deidad, encuéntrolo explicable atendido que tales seres moran en la tierra, se arrastran en su superficie y no pueden desprenderse de ella. Plásticamente, podría imaginarse que sus cuerpos forman los hilos brillantes de la vestidura terrestre. Si algo parecido pensaron los indígenas, compruébalo la estatua de Coatlicue.

Por lo demás, en un inmenso territorio de América, la serpiente, por su tonalidad encendida, es el símbolo generalizado del verdor brillante de la vegetación, idea en consonancia con la vestidura de culebras que los indígenas ponían a la diosa terrestre, quiere decir, el numen de la fertilidad.

* * *

Asociación de la agricultura y la serpiente en el pensamiento indígena.—La exposición del indicado punto de vista amplifícase con un argumento de otro género: el nombre de Chicomecóatl, esto es, "siete culebras". Sabemos que la diosa simboliza la vegetación en plenitud, la abundancia de cosechas. En otro sentido funge como patrona del maíz maduro, en contraste con Xilonen, que lo es del tierno. Era el numen de la agricultura próvida. Ahora bien, el número "siete" posee sentido de abundancia en la mística de los aborígenes. Entre ellos, como con otros pueblos, las cifras gozaban propiedades de carácter cabalístico, y todo en el universo, hombres y dioses, hallábase sujeto a las influencias respectivas. Así, la palabra

---

Fig. 1.—Coatlicue. Deidad de la tierra, y en consecuencia, de la muerte y de la agricultura. Aquel sentido exprésanlo los signos fúnebres que ostenta, y la saya de serpientes entretejidas recuerda, con su verde color, a la fertilidad.

Fig. 2.—Relieves existentes en las cercanías de la pirámide del Tajín (Papantla, Veracruz). Los entrelaces que allí aparecen constituyen emblemas convencionales de serpientes. Descritos en detalle en la obra "Ciudad Arqueológica del Tajín", 1932. Por Enrique J. Palacios y Enrique E. Meyer.

Chicomóztoc, o sea las "siete cuevas", región original de las tribus chichimecas, aztecas, etc., vale en realidad por "lugar de muchas cuevas". Análogamente, Chicomecóatl, "siete culebras", significa abundancia, fertilidad, corroborándose de esta suerte, mediante el análisis etimológico y el estudio de la ideología contenida en los términos, que el emblema de la serpiente tiene enlace estrecho con la tierra, la feracidad del campo, etc. Seguramente el color dominante del ofidio, color verde, explica una de las fundamentales asociaciones de la serpiente y la agricultura. Por otra parte, en inmensa porción de América la culebra y el agua aparecen unidas en la mentalidad indígena; y aquí hállase otro nexo indubitable entre la vegetación y el ondulante animal, porque el agua, simbolizada en la serpiente, amerita todo culto en cuanto constituye la condición ineludible de la agricultura.

En tal virtud, si la multiplicidad de serpientes expresa en el pensamiento indígena la abundancia de cosechas, es decir, la naturaleza exuberante prodigando al hombre codiciados frutos y sustancias que le brindan subsistencia (inteligencia del vocablo Chicomecóatl, diosa agrícola, y por ende, terrestre), queda nuevamente demostrado, pienso, que la cintura del monumento de Tenayuca debe aludir al beneficentísimo numen, máxime si hay otros motivos para sostener que la diosa de la tierra se veneraba en el lugar. Y que tales motivos existen, antes se ha dicho con fundamento esencial en tres consideraciones:

Que los chichimecas adoraban muy señaladamente a la diosa terrestre, o sea el numen de la agricultura, ya con el nombre de Itzpapálotl, según dicen los "Anales de Cuauhtitlan", bien con el de Tona o Tonantzin, "nuestra madre", como asienta el comentador del Mapa-Tlotzin.

Que los fundadores de Tenayuca venían de la Huaxteca, donde Teteo-innan, Ixcuiname y otras variantes de la mencionada divinidad eran objeto de antiquísimo culto, el cual constituyó la religión sobre todas arraigada en la comarca.

Que en el monumento de Tenayuca, en los ídolos y jeroglíficos allí encontrados, reconócese variedad de emblemas, procedentes de la Huaxteca unos, y otros alusivos en general a la deidad de la vegetación, a la madre tierra: el *copilli* o gorro cónico; el *amacuexpalli* o *tlaquechpányotl;* la mariposa, que suple a veces la nariguera peculiar de la diosa huaxteca terrestre (*yacametztli* o *yacauicolli*).

La comprobación más expresiva, sin embargo, del enlace en la mentalidad indígena de la agricultura con la serpiente, o sea los conceptos respectivos, hállola en una escultura del Museo Nacional, encontrada por cierto en los cimientos del Palacio de Gobierno (fig. 3).

Hasta ahora, que yo sepa, dicho interesantísimo ejemplar no ha aparecido publicado, ni sus elementos fueron objeto de comentarios de carácter arqueológico. Pues bien, la pieza en cuestión, tallada en piedra traquítica y que no mide menos de un metro de longitud, representa porciones del cuerpo de una serpiente desprovista de cabeza, pero ornada con los conocidos crótalos, por cierto figurados aquí en forma que yo diría arquitectónica, un tanto al modo de los "crótalos-capiteles" de Chichén-Itzá. Y entre las escamas del cuerpo del ofidio, he allí cuatro hermosísimas espigas, esto es, mazorcas, con los "cabellos" respectivos elegantemente figurados en artístico tratamiento.

Fig. 3.—Monolito en forma parcial de serpiente, rematada en crótalos y con mazorcas emergiendo del cuerpo. Existente en el Museo Nacional (Sala de Monolitos).

La asociación de conceptos no puede ser más clara. En la mentalidad indígena la vegetación, la agricultura, el maíz, en una palabra, formaban cuerpo ideológico con la serpiente de coloración encendida. Sea el que fuere el origen de la conexión, su existencia es una realidad patente. Seguramente aquí reside la causa de que el atavío de la diosa terrestre lleve en formas distintas la emblemática imagen del ofidio.

* * *

Emblema de Quetzalcóatl, de agua, de tiempo (xiuhcóatl) o del tótem.—No conviene abandonar el tema sin sujetar a consideración, hasta donde mis aptitudes alcancen, otros aspectos posibles del simbolismo de la serpiente, dignos de examinarse atenta su importancia intrínseca y la universalidad del elemento plástico de que se trata (el cuerpo del ofidio), en el arte ornamental, decorativo y aun directamente expresivo, y en la arquitectura de un inmenso territorio de América. Para desentrañar, hasta en sus sentidos más recónditos, el simbolismo de la banqueta de culebras que ciñe el monumento de Tenayuca, hay

que agotar, o por lo menos esbozar, las perspectivas mentales que se derivan de tales otros aspectos.

Esencialmente se reducen a lo que sigue:

a) La cóatl es el emblema de uno de los númenes primordiales de las razas autóctonas: Quetzalcóatl.

b) La cóatl en el arte indígena americano es imagen del agua.

c) La cóatl es imagen del año, del tiempo.

d) La cóatl, al menos en algunas de sus formas, representa el fuego.

e) La cóatl denota al ser protector de las tribus que la eligieron como *tótem*.

Comenzaré por señalar hechos de todos conocidos, a efecto de enfocar el problema e ir reduciendo, por eliminación, las posibilidades interpretativas en lo que concierne a la cintura con serpientes de Tenayuca.

a) En primer lugar, la serpiente en escultura o trabajada al relieve encuéntrase en un número enorme de estructuras arquitectónicas y monumentos comprendidos en territorio dentro del que florecieron las principales culturas aborígenes (tolteca, maya, azteca, etc.).

¿Representa en todas partes lo mismo? Entonces la banqueta de Tenayuca resulta un simple efecto de contacto cultural, una influencia tomada de civilizaciones conexas, un rasgo tolteca, en suma, ya que el arte a que se da este nombre ostentaba prominentemente el símbolo.

Pero aquí convienen ciertas distinciones. Fundamentalmente el emblema tolteca no es una serpiente cualquiera, sino la culebra emplumada, ideograma conocido del numen por excelencia de ese pueblo, quiere decir, Quetzalcóatl.

Así aparece la figura en el edificio de Xochicalco. Así la encontramos en el templo de Teotihuacan. Así desarróllase en las columnas de Tula.

Análoga representación caracteriza el ornamento en una inmensa porción, si no es que en la totalidad del territorio que llamamos maya, por el nombre de la cultura que allí floreció. Recordaré el Templo de las Monjas, en Uxmal; la Pirámide del Castillo, de Chichén-Itzá; los hermosísimos tableros de Yaxchilán, hoy en el South Kensignton Museum, particularmente el que presenta un devoto adorando a la culebra preciosa. Podría multiplicar las citas de semejantes representaciones en los restantes edificios mayas. También aparece la imagen, y prominentemente, en los bellísimos relieves del Tajín (Papantla), por el doctor Meyer y por mí dados a conocer con antici-

pación a cualquier otro investigador, y explicados como emblemas de la culebra preciosa (fig. 2).

Nótese, por otra parte, que la serpiente preciosa de Xochicalco (fig. 5), lo propio que la de Teotihuacan, en el templo de la Ciudadela, rodean, ciñen a los respectivos monumentos, de lo que podría inferirse una similitud ideológica con la banqueta de Tenayuca.

Creo, sin embargo, que la analogía no resulta perfecta. En los edificios primero citados, el simbolismo aparece claramente; trátase de la serpiente de plumas, Quetzalcóatl o Kukulcan. Las plumas están riquísimamente denotadas y provistas, asimismo, de elegantes rizos que las individualizan. Nótese que no hay tal cosa en la pirámide de Tenayuca. Las culebras de la banqueta no ostentan plumas: no son serpientes preciosas. Consecuentemente, no aluden a Kukulcan, no aluden a Quetzalcóatl.

En tal caso, otro es su simbolismo.

Tratando Hartley B. Alexander del emblema de la culebra de pluma ("The Mythology of All Races", Tomo XI, págs. 67-68), dice: "el nombre del dios fórmase de quetzal, aludiendo a las verdes, largas plumas de la cola del Pharomacrus Moccino, y cóatl, "serpiente"; significa, pues, "la Gran Serpiente Emplumada" y coloca desde luego a Quetzalcóatl en el grupo de poderes celestes simbolizados por la serpiente de plumas, al norte entre los hopi y los zuñi y por el sur entre pueblos andinos. Dice Sahagún que Quetzalcóatl es la deidad del aire "que barre el camino a los dioses de la lluvia, a fin de que llueva". Las plumas de quetzal eran un emblema de la vegetación reverdeciendo, y parece probable que el dios de la serpiente emplumada represente originalmente a una divinidad de las nubes de lluvia, denote el cuerpo serpentiforme del arco-iris o de la descarga eléctrica. La máscara de turquesa, hecha ora de culebras, ora de aves, característica del numen, constituye de cierto un emblema del cielo, y a la manera de otros dioses celestes, porta, también, una arma (lanza-dardos) serpentiforme".

Sin admitir al pie de la letra la totalidad de las interpretaciones citadas, nótese el carácter de numen celeste que la serpiente de plumas le presta a las deidades dotadas de ese atributo, en un territorio tan amplio que comprende desde la región de los hopi y los zuñi hasta el *habitat* de las tribus andinas. Simbolismo semejante, a tal grado extendido en sentido geográfico, entraña una ideología también más amplia que la personalidad de Quetzalcóatl, ya que no podemos pretender que ese dios tuviese culto en un territorio tan vasto, mientras que la alegoría de que se trata aparece allí por doquier multiplicada. La inclusión de Quetzalcóatl entre los poderes celestes apóyase, asimismo, en las mencionadas frases de Sahagún, según las cuales el dios era compañero o hermano del numen de la lluvia, cuyo camino

barría para que éste apareciese. Sobre todo, la personalidad de Quetzalcóatl como señor del viento, unánimemente se reconoce. Trátase, entonces, de un numen celeste bien definido, y a la vez muy antiguo, una vez que en ciertos mitos de la creación del mundo (Mendieta) figura como dios creador, y en las metrópolis antiguas (Teotihuacan), donde abundan vasijas modeladas con la imagen de Tláloc, deidad reconocidamente antigua, juntamente encuéntranse variadas representaciones de su compañero.

Pero siendo esto así, las serpientes de Tenayuca, que no son emplumadas, poseen carácter distinto del celeste, lo que a maravilla concíliase con la expuesta hipótesis, a saber, que se trata de la falda de la diosa de la tierra.

Queda descartada desde varios puntos de vista la posibilidad de que la banqueta de serpientes de Tenayuca pudiese aludir a la célebre deidad tolteca; se oponen a ello dos razones principales: una, técnica: los relieves de Xochicalco y de Teotihuacan difieren marcadamente de la banqueta aludida (figs. 4 y 5); otra simbólica: los poderes celestes o de ese carácter denótanse mediante serpientes emplumadas.

Cuando el propio Alexander añade que las plumas de quetzal representan la vegetación reverdeciente, concepto de exactitud y profundidad palmarias, surge un obvio enlace entre las deidades del cielo y las de la tierra, porque es patente que si reverdece la vegetación es por virtud de la fertilizadora lluvia. Semejante multiplicidad de aspectos y funciones de los númenes, no hay que olvidarlo, es rasgo *sui generis* de la mitología aborigen, desconcertante para el observador superficial. Concretamente, sin embargo, y a pesar de ese constante dualismo en la significación de los señores del Panteón indígena, preciso es reconocer, por las consideraciones que anteceden, que la cintura de serpientes de Tenayuca no guarda relación directa con la personalidad del dios patrono del aire, la estrella matutino-vespertina y los toltecas.

b) La serpiente como emblema del agua es el símbolo más generalizado del ofidio en vastísima porción del Continente Americano, que comprende numerosas tribus aborígenes. El hecho, perfectamente explicable por razones naturales, ha sido reconocido por los investigadores, entre quienes mencionaré a Seler. El color verde que domina en el animal, su cuerpo ondulante, la costumbre de algunas especies de vivir en el agua o cerca de ella (las culebras de agua), todos estos y otros motivos explican el emblema. En el caso presente no precisa ahondar en el particular, porque la conexión entre el agua y la deidad terrestre, en funciones de patrona de la agricultura, salta a la vista. Pero semejante nexo, que reside en la esencia de las cosas y es por naturaleza indisoluble, no por fuerza requiere expresarse; y por otra parte, las cóatl de Tenayuca no son dominan-

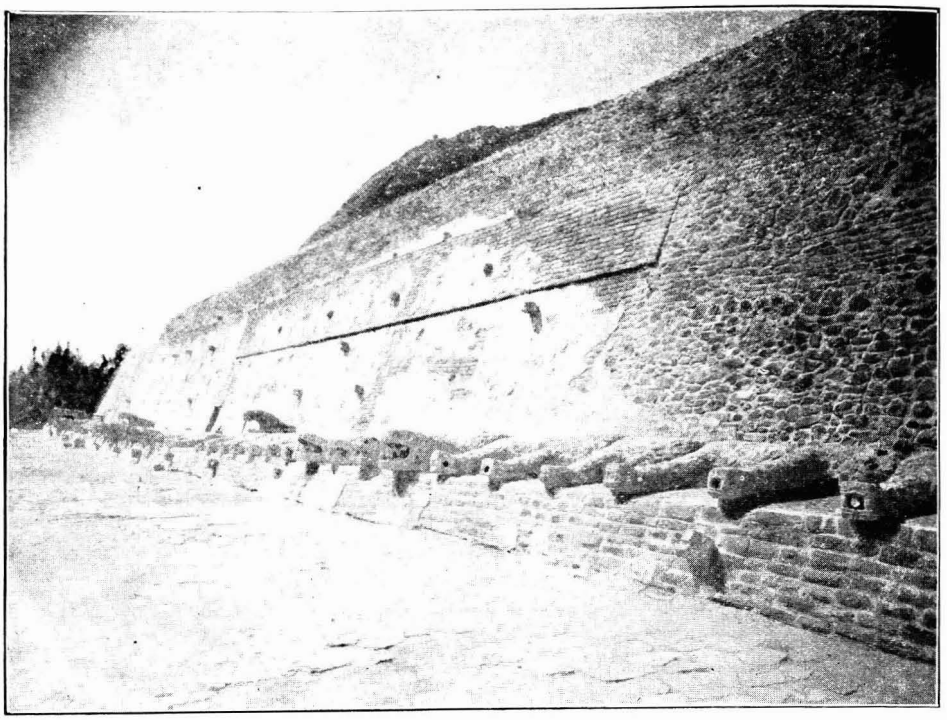

FIG. 4

FIG. 5

temente verdes. Por tanto, no se trata en concreto de una alegoría del agua en la cintura de la pirámide chichimeca, y ello se confirma por la ausencia de otros emblemas del líquido elemento.

Elucidando particularidades del códice Fejervary (pág. 61), Seler distingue de la culebra de plumas, a sus ojos claro símbolo del líquido elemento (cuando especialmente no denota a Quetzalcóatl en función diferente), la culebra de colores vivos (*tlapalcóuatl*), la culebra de sangre (*ezcóuatl*), la culebra de fuego y del tiempo (*xiuhcóuatl*). En el caso a estudio, en Tenayuca, las serpientes ostentan ricos y encendidos colores rojo y verde o azul, blanco y amarillo, notándose a la vez (descubrimiento de don Miguel Angel Fernández) que todas las del norte llevaron pintura negra y todas las de la porción meridional del monumento ostentaban verde-azul.

Pero si las serpientes de la banqueta ostentan vivos colores (quiere decir, trátase de *tlapalcóuatl*), podríamos concebir que semejante policromía acaso alude al culto de los cuatro rumbos cardinales, los cuales los aborígenes concebían asociados a cuatro tonos diferentes, a lo que se agrega el negro, simbólico del centro de la tierra, el mundo subterráneo. Estos tonos, efectivamente, cubren las serpientes de la ciudad chichimeca. El negro reconócese visiblemente en la banqueta del costado norte; el blanco hállase distribuído por diversas partes, de preferencia en los dientes; del amarillo quedan ligerísimos vestigios; el rojo aplícase en el vientre de los monstruos, y el azul o verde cubría todos los cuerpos y aun tal vez las cabezas.

Semejante interpretación no excluye una intención de arte realista en los colores que adornan tales culebras, aun cuando en realidad no podría afirmarse que dichos animales ostenten siempre el conjunto de tonos que vemos en Tenayuca. O se trata de un efecto nada más decorativo, o debemos reconocer una alegoría de los colores de las cuatro direcciones del mundo, o nos atenemos a uno de los tonos dominantes, que es el rojo. En este último caso, los ofidios de la banqueta llevarán la designación de *ezcóuatl*, culebra de sangre, denotando así la naturaleza del culto consagrado a las divinidades de los santuarios existentes en la cima de la pirámide, lo que se concilia muy bien con la hipótesis de que allí se adoró al sol y a la tierra, númenes que, en efecto, recibían ofrendas de sangre. O bien el tono verde (azul-verdoso) dominaba, coloración claramente simbólica de la fertilidad, de la vegetación. Lo azul, color del chalchíhuitl,

---

Fig. 4.—Banqueta de serpientes que ciñe, por tres de sus costados, el adoratorio chichimeca de Tenayuca. La fotografía representa el costado sur.

Fig. 5.—Parte de la base del adoratorio tolteca de Xochicalco. Los cuerpos de serpiente, esculpidos en grandioso altorrelieve, que la adornan, lucen elegantes y rizadas plumas. Esa particularidad permite la identificación del simbolismo de los monstruos, en los cuales deben verse alegorías de la Serpiente Preciosa o Emplumada (Quetzalcóatl).

es lo precioso en el pensamiento aborigen, y aquello precioso por excelencia es la semilla, la planta, la mazorca, en una palabra, el alimento.

Sólo como una posibilidad presento este punto de vista, para discutir sucesivamente los diversos aspectos que ofrece la cuestión, pero con ánimo de inclinarme únicamente en favor de la idea que mayor número de puntos convergentes comporte.

c y d) Otro simbolismo de la serpiente, y uno de los más notables, es el de tiempo. La culebra entre los indígenas precortesianos denotaba tiempo. Comprueban este aserto las famosas ruedas de calendario pintadas por ellos. Veytia salvó o copió varios originales de esta clase, ampliamente reproducidos en los libros de historia. Algunas ocasiones comprenden el período de 260 días; otras, el año; a veces, el siglo aborigen o ciclo de cincuenta y dos años. En la generalidad de los casos aparecen los caracteres respectivos rodeados por una culebra enrollada en sí misma y que a las veces se muerde la cola, emblema bien claro de la eternidad sin principio ni fin.

Clavijero, que reproduce algunos calendarios de esta clase, declara cómo solían los indios pintar una sierpe enroscada en derredor del calendario, denotando cuatro plegaduras de su cuerpo las fracciones del siglo, esto es, los llamados cuatro *tlalpilli* o períodos de trece años. También se alude, así, a los rumbos del horizonte, atento que cada *tlalpilli*, como cada división del *Tonalámatl*, dedicábase a alguno de los cárdines.

Finalmente, todo el mundo conoce el calendario de piedra del pueblo azteca, monolito de fama universal donde los emblemas de los veinte días, mezclados a otros signos, aparecen circuídos por grandes serpientes, provistas cada una de los respectivos nudos o plegaduras (fig. 6).

Juzgo inútil insistir en la realidad del simbolismo de referencia; pero hay que preguntarse: ¿las culebras de Tenayuca entrañarán, fundamentalmente, semejante intención alegórica? ¿Resultará sensato y conforme con los datos arqueológicos, ver en ellas emblemas calendáricos, emblemas de tiempo?

Manifiesto desde luego que esta posibilidad, seductora ciertamente, cuenta en su apoyo con algunas circunstancias que mencionaré en seguida; pero hay que poner suma cautela en su consideración, atento que las interpretaciones de esta clase, basadas en cifras que pueden ser efecto del azar, son resbaladizas y ocasionadas a peligrosos extravíos. Esto no quiere decir que incurramos en el prejuicio de rechazarlas por sistema, ya que varios monumentos de la antigüedad indígena (códices, relieves, etc.) han probado poseer caracteres definidamente numéricos.

En el caso de Tenayuca apréciase la existencia de ciertos guaris-

mos, los cuales podrían, conjeturalmente, apoyar la posibilidad de una intención alegórica de tiempo, en los ofidios tan curiosamente agrupados en la banqueta ceñida a la pirámide exterior. Como sabemos de antemano que los chichimecas constructores recibieron influencias de los toltecas, pueblo que muy deliberadamente cultivó la ciencia del calendario, y reconociéndose las cifras en cuestión, como se verá en seguida, en las estructuras de las últimas épocas, cuando los mexicanos de Tenochtitlan ya estaban en contacto con la localidad, no habrá necesidad de extrañarse sino moderadamente de que unas gentes primitivas, como aquéllos de que se trata, pudieran decidirse a considerar elementos de orden numérico, consignándolos en alguna forma.

La presencia de cifras relacionadas con la medida del tiempo, al estilo indígena (tolteca-mexicano en lo fundamental), podría reconocerse en Tenayuca en la forma que sigue:

La cifra básica del sistema es el guarismo 13. Otro número importante es 52, múltiplo de aquél, en virtud de que esa suma de años componían el siglo indígena.

Ahora bien, la cintura de culebras rodea el monumento formando tres banquetas, una en el costado oriente, las otras por el sur y por el norte.

Sobre la banqueta oriental descansan, precisamente, cincuenta y dos culebras, todas halladas *in situ* y que fueron escrupulosamente respetadas en la secuela de las excavaciones. En consecuencia, dicho número es originalmente positivo.

A mayor abundamiento, el talud de la misma banqueta muestra, claramente visibles a los ojos de cualquier observador, "clavos" ornamentales hechos de pequeñas cabezas de serpiente; y estos "clavos" aparecen con exactitud en número de trece. He aquí, pues, dos constancias patentes de la presencia de las cifras del sistema calendárico.

Las banquetas septentrional y meridional no muestran con igual precisión los citados guarismos.

Sin embargo, en el talud de la banqueta del norte, los "clavos" ornamentales de la clase mencionada cuéntanse en número de once; pero con la particularidad sugestiva de que, juzgando por equidistancia, la serie presenta dos huecos que, suponiéndolos llenados análogamente (y la posición autoriza el supuesto), completarían sin violencia alguna trece cabecitas de culebra en esta banqueta. Por cierto que, sumados los "clavos" de los cuatro cuerpos superiores, al tenor de la reconstrucción arquitectónica propuesta por el arquitecto Marquina, resultan, exactamente, 624, guarismo que representa los años que el Códice "Historia de los Mexicanos por sus Pinturas", asigna a algunas

de las edades o soles cosmogónicos indígenas. Anoto el dato únicamente por constancia, sin pretender derivar inferencias de ello, recordando tan sólo que, en elucidación antes publicada sobre el edificio de Xochicalco (Boletín de la Universidad de Toronto, Canadá), sostuve la tesis de que los emblemas de los costados de ese monumento denotan, asimismo, con cifras, la duración de las edades cosmogónicas de la mitología aborigen.

Tanto más plausible resulta la conjetura de que fueron 13 las cabezas del talud, cuanto que, sobre la banqueta misma, descansan cuarenta y cuatro ofidios, número que aparentemente discrepa del ya reconocido a oriente. Pero es el caso que los siete últimos monstruos de la serie son anormales en sus dimensiones; ocupan con entera exactitud doble espacio que todos los restantes, y ello sugiere alguna irregularidad intencionada. Añadiendo las culebras que corresponderían a esos dobles espacios, obtendríamos ocho ofidios adicionales, lo que justamente da el número cincuenta y dos antes encontrado.

Las banquetas oriental y septentrional, de esta manera, resultan en análogas condiciones; pudieran denotar un deliberado intento en relación con los guarismos básicos del calendario.

Otra cosa parece observarse en el costado sur. La banqueta sostiene cuarenta y cinco ofidios en hilera, o cuarenta y seis añadiendo uno mayor que se levanta sobre un zócalo. Los "clavos" del talud a la fecha visibles son siete; pero no hay equidistancia en su colocación y notoriamente quedan huecos en la hilera.

Algo distinto ocurre estudiando los peldaños de la gran escalera (cuarta pirámide de las cinco sobrepuestas en Tenayuca). Sabemos que dicha escalinata forma a cierta altura una especie de doblez, producido por el cambio de inclinación de la pendiente; por cierto que en las alfardas central y lateral hállase señalado por molduras. El estudio arquitectónico ha revelado que este detalle de la escalinata corresponde a una nueva época, quiere decir, se trata de un agregado. A partir del doblez los peldaños superiores se construyeron posteriormente, lo que ya se infiere de la diferente calidad de mano de obra. Pues bien, los escalones de este elemento añadido con posterioridad, suman precisamente trece.

Tocante a los peldaños inferiores son cincuenta. Por cierto que los decora una hilera de jeroglíficos, desarrollada al centro del tramo meridional de la escalera, los cuales signos llegan a catorce y están dispuestos de cuatro en cuatro escalones, salvo en la parte superior. Allí se alternan por pares de escalones.

No sería imposible, sin embargo, que este tramo de cincuenta escalones hubiese constado originalmente de cincuenta y dos, antes de la hechura del doblez, perdiéndose los dos últimos peldaños al levantar-

se la estructura superior. A la fecha, la escalinata en su totalidad consta de sesenta y tres escalones; agregando esos dos hipotéticos, serían sesenta y cinco, número que representa las traslaciones sinódicas de Venus equivalentes a una centuria indígena (104 años). Por cierto que la escalinata de la pirámide del Tajín, Papantla, parece haber tenido también sesenta y cinco escalones (destruídos ahora los superiores), y acaso con la misma inteligencia, lo que podría inferirse de casos análogos. La pirámide llamada del Castillo, en Chichén-Itzá, consta de cuatro escaleras y cada una se compone de noventa y un peldaños, en junto 364, alusión bien clara al año.

Por lo que hace a los jeroglíficos de la escalera en estudio, dije que son catorce; pero adviértase que hay repeticiones. Sólo muy forzadamente, sin embargo, pudieran reducirse a trece.

En resumen, la presencia de cifras de naturaleza calendárica en las escaleras de Tenayuca (la exterior occidental hállase destruída en su tramo superior, lo que impide computar elementos), puede reconocerse una vez, sin violencia, en el doblez supracitado, el cual se compone de trece peldaños.

Enumeraré los elementos arquitectónicos donde aparece un posible registro de cifras intencionadas:

Banqueta y talud del costado oriente de la pirámide.

Banqueta y talud del costado norte de la pirámide.

Doblez de la escalinata correspondiente a la cuarta época.

Con mucho menos precisión, pudieran reconocerse guarismos en concordancia con los anteriores, en los siguientes elementos:

Banqueta y talud del costado meridional de la pirámide.

Escalones del tramo inferior de la gran escalinata.

Jeroglíficos de los peldaños de la gran escalinata (esta lectura ya resulta fuertemente improbable).

Paramentos con "clavos" decorativos, de los cuerpos de la pirámide.

De admitirse la posibilidad en cuestión, es decir, que hay cifras intencionalmente consignadas en las estructuras de Tenayuca (cintura de serpientes, escalones, jeroglíficos de la gradería), ¿a qué influencia pudiera ello atribuirse? La respuesta parece obvia; a los toltecas, bien directamente (a causa de los muchos contactos que con descendientes de toltecas tuvieron los súbditos de Xólotl), ora por medio de los tenochcas, los mexicanos, herederos parciales de aquella cultura.

Circunscribiéndonos a la cintura de serpientes ahora en estudio,

¿cuál objeto pudiera asignarse a la presencia del número cincuenta y dos? Uno tan sólo: referirse al ciclo indígena. La banqueta del costado oriente denotaría, en consecuencia, un ciclo, y su talud, un *tlalpilli;* la banqueta septentrional expresaría el mismo período, y forzando un tanto los datos, la banqueta meridional aludiría a otro período de cincuenta y dos años. Faltan serpientes, en verdad, por este costado, pero el examen minucioso de los respectivos monstruos muestra cortado el último de la hilera, lo que podría significar que hubo interrupciones.

Pudiera admitirse que, a modo de recapitulación, los constructores de la quinta pirámide quisieron resumir en esta forma peculiar los lapsos antes transcurridos de su presencia en el lugar. He aquí los resultados. Tres ciclos indígenas componen 156 años. Contándolos desde el 1,200, data aproximada de su arribo a Tenayuca, alcanzamos de este modo la mitad del siglo XIV, hacia los tiempos de Acamapichtli; contándolos desde 1,300, cuando el influjo tolteca mediante culhuas y chalcas debió sentirse vigorosamente en el pueblo chichimeca, llegamos a los tiempos de Nezahualcóyotl y el primer Motecuhzoma.

Lo que antecede se conciliaría con tres, al menos, de las épocas reconocidas en la estructura del monumento, en la hipótesis de que, en el curso de cierto período, acostumbraran erigir una pirámide cada cincuenta y dos años. No hay en esto una correspondencia exacta, como vemos, esto es, con la estancia chichimeca en Tenayuca; pero tampoco nótase una discordancia absoluta. El supuesto resulta verosímil, en consecuencia; pero de ello trataré adelante.

* * *

Precisa establecer si la imagen de la serpiente pudo entrañar la alegoría de tiempo en esa forma.

Que en general poseía dicho simbolismo, ya se expuso recordando las ruedas calendáricas. Pero hay una clase de serpiente que más concretamente desempeñaba tal función en la mitología aborigen: me refiero a la *xiuhcóatl.*

¿Qué significa verdaderamente esta entidad mitológica?

Su sentido puede desentrañarse de los relatos de las crónicas y en el análisis de los monumentos en que el monstruo aparece.

Investigando en aquella fuente, sabemos a qué atenernos: se trata del arma de Huitzilopochtli. El dios solar, al instante de nacer, ataca con ella a sus enemigos, los cuatrocientos *centzonhuitznahua,* los pone en fuga y acaba por aniquilarlos. Surge entonces radiante y victorioso. Algo análogo vese en el Popul Vuh cuando Hunahpuh y Xbalanqué desbaratan la cohorte de los dioses del infierno, súbditos de Vukub Camé, el Plutón maya-quiché, convirtiéndolos en conste-

FIG. 6

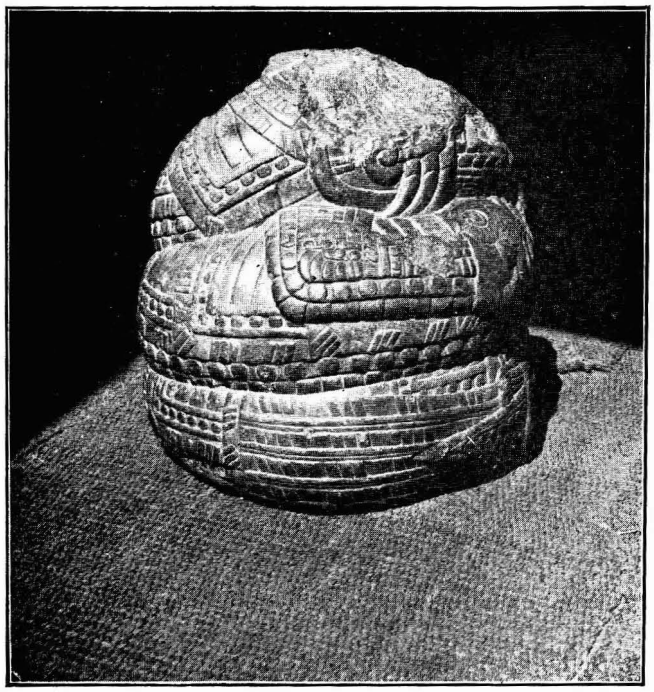

FIG. 7

laciones. La naturaleza solar del mito se percibe a primera vista. Surge el sol y desaparecen las estrellas. Por similitud de consideraciones ha llegado a reconocerse en Huitzilopochtli una esencia análoga, quiere decir, un carácter solar. Pero ¿con cuál instrumento ahuyenta la deidad a sus adversarios? Con el arma irresistible: la *xiuhcóatl.*

Examinando los monumentos, nótase que la *xiuhcóatl* aparece profusamente representada, así en piedra como en barro y en las pictografías. Hay elementos sobrados, en consecuencia, para precisar con mucha exactitud su función y las características de su aspecto material.

Dos representaciones del Códice Laud señalan con claridad una y otra cosa. Trátase del animal del fuego nuevo. Provisto de un madero, el sacerdote saca el fuego del cuerpo del monstruo. Este, esencialmente, se compone de varias secciones, por cierto trapezoidales en forma. En páginas del Códice Borgia repítese la escena, notándose que algunas veces el oficiante es Quetzalcóatl. En una de las representaciones principales pudiera inferirse que el fuego arrancado de la *xiuhcóatl* es pura y simplemente luz, luz que se reparte hacia los cuatro términos del horizonte (pág. 47, ed. Loubat).

Conviene ahora preguntarse. ¿Cuándo se efectuaba la ceremonia del fuego nuevo? La respuesta es conocida: cada cincuenta y dos años, al agotarse el ciclo calendárico. Sahagún ha narrado con minuciosidad las particularidades del rito, según celebrábase en el Cerro de la Estrella al vencerse cada período cíclico. En consecuencia, si la *xiuhcóatl* es el animal de cuyo cuerpo se arranca la nueva lumbre, la lumbre secular, por la propia razón ella representa la renovación del período calendárico de cincuenta y dos años.

Confirmando este punto de vista decisivamente, existe una hermosa escultura. Representa una *xiuhcóatl* labrada en piedra verde durísima. El ofidio aparece enroscado y ostenta las peculiares secciones que componen su cuerpo. El plano sobre el que descansa la piedra ostenta en bajorrelieve un jeroglífico del mayor interés: la fecha *ome ácatl*, dos cañas. ¿Qué significa esta data? Sábese perfectamente: es el nombre del año en que los aborígenes renovaban la lumbre secular. Justamente en 1507, que fué año *dos ácatl*, Motecuhzoma encendió el fuego nuevo en la cumbre del Cerro de la Estrella, a causa de haberse concluído entonces el período de cincuenta y dos años, que integraba el siglo mexicano.

La naturaleza de la *xiuhcóatl*, en consecuencia, resulta esclarecida

---

Fig. 6.—Piedra del calendario azteca (derivado del tolteca o maya-ulmeca). Dos serpientes xiuhcóatl forman orla al monumento.

Fig. 7.—Escultura en piedra fina, representando una xiuhcóatl. Ejemplar procedente de las cercanías de Puebla.

por virtud de este precioso monumento, en forma tal que ninguna tesis arbitraria podrá obscurecer el asunto. La escultura citada habla elocuentemente por sí sola (figs. 7 y 8).

El monolito del calendario azteca (fig. 6) presenta, asimismo, dos *xiuhcóatl* rodeando el disco solar. El monstruo aparece provisto de un apéndice a modo de cresta o voluta que se desprende de la mandíbula superior, un belfo enroscándose para arriba; sobre este belfo o cresta reconócense siete esferas con una raya atravesada en la mitad, denotando estrellas. Cuenta Sahagún que los indígenas tomaban por señal la culminación de las Cabrillas para practicar la ceremonia de la nueva lumbre. El apéndice de que se trata, con el aditamento de los globos indicando estrellas (apéndice que, por cierto, aparece en muchas de las imágenes pétreas de la xiuhcóatl), posee, por tanto, sumo interés, confirmando en forma expresiva la función por excelencia del animal mitológico en estudio.

Por lo demás, que la xiuhcóatl entrañe semejante simbolismo de tiempo, ya podría deducirse del vocablo mismo. El señor del año y del fuego, Xiuhtecuhtli, porta el emblema en cuestión a manera de divisa de espalda. La palabra *xíuitl*, raíz del nombre de la deidad, vale por yerba y también por año, con sólo el cambio del acento. Nada más natural, ya que la yerba reverdece anualmente; en consecuencia, el numen patrono de ella, al mismo tiempo resulta patrono del período de tiempo que marca dicho reverdecimiento. Por tanto, formando la *xiuhcóatl* un elemento del atavío de esta deidad, y elemento importantísimo, y siendo la deidad señor reconocido del fuego y del año, el carácter del monstruo queda en tal virtud plenamente comprobado. Simboliza tiempo. Simboliza el año y simboliza el siglo; y a la vez alude al fuego, ya que la renovación del siglo presupone precisamente la ceremonia de la nueva lumbre.

Un arqueólogo distinguido, Beyer, ha desplegado los mayores esfuerzos para negar esta función característica del animal, sustituyéndola con la idea de que el dragón de que se trata (así le llama) representa nada más un arco del cielo diurno, aquel por donde el sol desarrolla su marcha en el curso del día. El empeño del autor alemán emana, en esto, de que semejante tesis constituye una de sus disquisiciones fundamentales, la cual ha presentado en formas diversas y en variedad de estudios. Pasa por alto el arqueólogo, en consecuencia, toda función de tiempo en asociación a la *xiuhcóatl*, y evita cuidadosamente reconocerle enlace con el término del período de cincuenta y dos años.

Por más apariencia de solidez que tenga la teoría, viene ineludiblemente a tierra en presencia de la escultura del ofidio, que ostenta la fecha dos cañas (fig. 8). Si se tratara exclusivamente de un arco azul del disco celeste, nada tendría que hacer, en relación con él, la

FIG. 8

data del comienzo del siglo mexicano. El arqueólogo alemán desenvuelve su idea con la mira preferente de negar que el monolito del calendario azteca, orlado por un par de culebras del fuego, entrañe sentido de tiempo. A esto respondo con dos argumentos categóricos:

La *xiuhcóatl* esculpida en piedra verde ostenta en relieve la fecha *ome ácatl*, nombre del año en que, al cabo de cincuenta y dos, encendíase la nueva lumbre.

Las *xiuhcóatl* del monumento del calendario encierran entre sus abiertas fauces las cabezas de dos dioses, y éstos son númenes diversos, señalados por atributos que los diferencian. Si se tratara de un arco del cielo diurno, no habría razón para que los dioses asociados al animal fuesen diversos. Uno sólo bastaba y aun no resultaría necesario. Entendiendo el simbolismo del ofidio en función calendárica, ello se explica perfectamente, porque los regentes de la centuria indígena sí eran dos deidades, a saber, Tonatiuh y Quetzalcóatl. Sostengo, por tanto, que tales númenes son los que emergen de las abiertas fauces de las *xiuhcóatl* del calendario azteca.

En Tenayuca dichos ofidios existen, pero no en la banqueta objeto del expuesto estudio, sino entre altares con escalones de acceso. Por cierto que su tamaño es enorme. Parece verosímil que sobre ellos pudieran celebrarse ritos especiales cada año, en los días de los solsticios, vista la dirección de sus crestas (análogamente a lo que ocurre con la Piedra de Amecameca, cuyo sentido descubrí evidenciando que señala el orto solar los días 21 de diciembre); pero concíbese también que allí se encendía la nueva lumbre cada cincuenta y dos años, al vencerse el período calendárico. De este modo se explica la magnitud de las *xiuhcóatl* colocadas entre dichos altares, lateralmente situados respecto de la banqueta de culebras (figura 9.)

Si acerca de esto no puede quedar asomo de duda, atento el carácter claramente denotado de tales ofidios, colocados al sur y al norte de la estructura y con las crestas apuntando al sol occiduo en los días de solsticio, tal vez no podría decirse lo mismo de las culebras agrupadas en la banqueta de serpientes, considerando que carecen de la cresta peculiar de la serpiente *xiuhcóatl*.

Convengo, sin embargo, en que dicho apéndice no es absolutamente constante en las imágenes de este ente mitológico, aun cuando lo llevan con suma frecuencia. Pero si las *xiuhcóatl* aparecen representadas en los altares laterales, prominentemente, como sabemos, ¿qué necesidad habría de que se repitiesen en las banquetas?

Fig. 8.—Base de la escultura representada en la fig. 7. Muestra el jeroglífico "2 ácatl", fecha de la fiesta secular o renovación del fuego, que efectuábase cada 52 años. El dato posee suma importancia, en cuanto que revela la naturaleza y funciones de la xiuhcóatl.

Convengo también en que la *xiuhcóatl* no únicamente entrañaba sentido en conexión con el ciclo de cincuenta y dos años, porque en los relatos de los cronistas respecto de las fiestas mensuales asegúrase que no sólo en final de siglo, sino "todos los años, al concluir la primera decena del mes *Itzcalli*, sacaban—los indígenas—fuego nuevo en el Tzonmolco Calmecac, 61 edificio del Templo Mayor" (exposición del Códice Borbónico; Troncoso; página 245). Por cierto que en estas ceremonias menores de lumbre nueva, repartíase el fuego mediante unos sahumadores de barro, finamente pintados, cuyo mango ostenta la imagen precisa de la xiuhcóatl, con cresta de estrellas añadida, algunos de los cuales ejemplares se conservan en las vitrinas del Museo Nacional. En cambio, la gran ceremonia relacionada con la terminación del siglo efectuábase solamente en el mes *Panquetzalistli*, o fiesta de las banderas, consagrada a Huitzilopochtli, el sol, el dios tribal del pueblo azteca, el señor de la guerra.

Como vemos, hay dos grados en la función mítica de la serpiente de fuego, uno asociado a la festividad anual y otro a la gran ceremonia secular. Si en Tenayuca este solemne acontecimiento aparece aludido mediante los monstruos de los altares, monstruos provistos de crestas de estrellas, no sería del todo inadmisible aceptar que los ofidios de la banqueta representasen una función menor, quiere decir, el fuego nuevo anualmente arrancado. En este supuesto, la banqueta de culebras entrañaría un significado general de tiempo, y cabría contar los elementos que la integran. Cobran sentido, entonces, las cifras que hemos reconocido en líneas anteriores, siempre y cuando se explique por qué las banquetas meridional y septentrional no presentan igual número de elementos que la banqueta del costado oriente.

He presentado esta posibilidad conjeturalmente, con ánimo de agotar los diversos aspectos del problema, hasta donde mis conocimientos alcancen. Al efecto, he reunido el mayor número posible de pruebas convergentes de que se trata de serpientes del fuego y del año. Para aceptar de lleno la posibilidad, confieso, sin embargo, que subsisten dos lagunas, a saber:

La ausencia de la cresta con estrellas en los ofidios de las banquetas.

La falta de precisión en el número de los monstruos que ornan las banquetas, salvo que aceptemos que iban añadiendo una serpiente cada año, y que no podían aparecer las cincuenta y dos en totalidad, sino al vencerse el ciclo. Pero esto nos deja en cierta incertidumbre acerca de cuántos siglos deben considerarse terminados, según los datos que las excavaciones pusieron a descubierto en Tenayuca. En tal aspecto, subsiste abierta la investigación.

Considerando tales dificultades, prefiero dejar suspenso el aná-

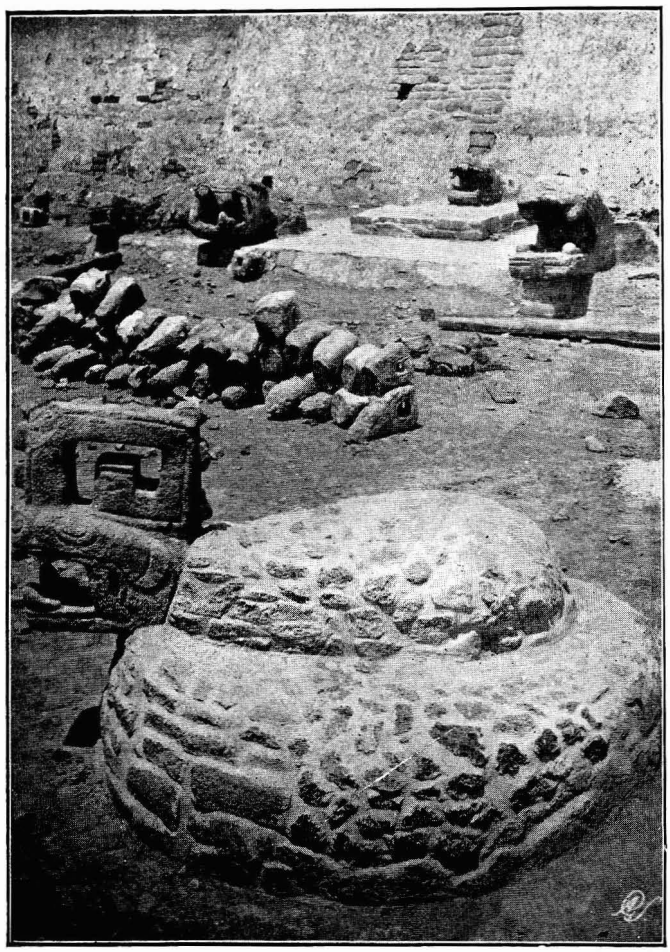

FIG. 9

lisis presente, ateniéndome, por más sencilla y natural, a la inferencia de que el conjunto de culebras representa simple y llanamente el vestido de las diosas de la agricultura y de la tierra, Tonantzin o Coatlicue.

e) Ultima posibilidad digna de considerarse es la de que la muralla de serpientes de Tenayuca representa una protección totémica del monumento.

Los indígenas de la América del Norte, en efecto, patentizan en sus instituciones y constumbres vestigios de un totemismo tradicional.

¿Qué númenes pueden haber sido elegidos como tótems de la tribu chichimeca?

El comentador del Mapa-Tlotzin afirma que los súbditos de Xólotl adoraban al sol y a la tierra: Tota y Tona.

Los Anales de Cuauhtitlan aseguran que Itzpapálotl fué diosa chichimeca. El análisis ha comprobado que este numen posee caracteres de deidad terrestre.

Sahagún da como deidad chichimeca a Mixcóatl, numen estelar, patrón de las estepas y la vida nómade, divinidad de la cacería. Es el homólogo de Camaxtli y de Huitzilopochtli, señores y guerreros venerados por tribus igualmente cazadoras en cierta época.

¿Pueden las culebras en estudio simbolizar a alguna de esas divinidades?

Con respecto al sol, la respuesta no parece que pudiera ser afirmativa.

El nombre de Mixcóatl lleva el elemento *cóatl*, pero añadido a la radical denotativa de nube, por lo que se traduce como "culebra de nubes", habiéndose relacionado con la Vía Láctea, en calidad de dios estelar.

Que yo sepa, no han aparecido en Tenayuca imágenes de Mixcóatl, ni encuentro entre los jeroglíficos emblemas reconocidos de nubes.

En su calidad de diosa terrestre, Itzpapálotl se confunde con Toci o Tonantzin y Coatlicue.

Fig. 9.—Serpiente enrollada, esculpida en piedra, erigida en un altar en el costado sur de la pirámide de Tenayuca. Otra escultura semejante hállase en el costado norte. La cresta de la serpiente denota que se trata del ser mítico llamado Xiuhcóatl. Verosímilmente la fiesta del fuego nuevo celebrábase en los altares citados.

Esta deidad sí puede resultar aludida mediante imágenes de ofidios, atento que formaban parte de su enagua (Coatlicue de piedra del Museo Nacional), que lleva la serpiente a manera de cinturón (Coatlicue del manuscrito de Sahagún) o porta el propio emblema a modo de báculo (Ciuacóatl del manuscrito de Sahagún).

En consecuencia, si queremos ver en la banqueta de culebras una muralla de protección totémica de Tenayuca, la diosa terrestre de la agricultura y de la guerra aparecerá como la divinidad más verosímilmente aludida.

CONCLUSIONES

El culto de la diosa de la tierra fué de importancia suma en el Anáhuac. Su misma extensión y variedad de manifestaciones revelan que se trata de culto muy antiguo. Las propias razones inducen a pensar que fué una religión anterior a los llamados aztecas; el culto respectivo abarca territorio mucho más amplio que la cultura de ese nombre.

Circunstancias y testimonios diversos (la festividad Ochpaniztli, consagrada a la diosa terrestre, con cortejo de oficiantes vestidos a la huaxteca); aserciones de Sahagún; datos de los "Anales de Cuauhtitlan" referentes al origen de Ixcuiname; constancias relativas a Tlazoltéotl y Teteo-innan, etc., variantes unas y otras de la divinidad terrestre, autorizan la afirmación de que, originalmente, la religión de que se trata provino de la Huaxtecapan.

Tal origen, justamente, explica la multiplicidad y la universalidad del culto respectivo, una vez que sabemos que diversas migraciones (la chichimeca entre ellas) manifiestan haber procedido de esa vasta, misteriosa y feracísima región, todavía pletórica de vestigios arqueológicos.

Por declaración expresa de los historiadores indígenas (comentador indígena del Mapa-Tlotzin), los chichimecas adoraban precisamente a la diosa terrestre junto con el sol.

Datos que no pueden pasarse por alto, porque emanan de fidedignos escritores, permiten reconstruir un itinerario que comprueba, sin asomo de dudas, que tales chichimecas, a su arribo a Tenayuca, venían de la Huaxteca, o al menos que de esta comarca habían emigrado en tiempos anteriores.

Es de creerse, en consecuencia, que trajeron de la comarca original el culto por excelencia allí arraigado, el cual en el fondo no representa otra cosa que el culto de la agricultura, base de toda sociedad que se organiza.

Entre los ídolos y emblemas hallados en las excavaciones de

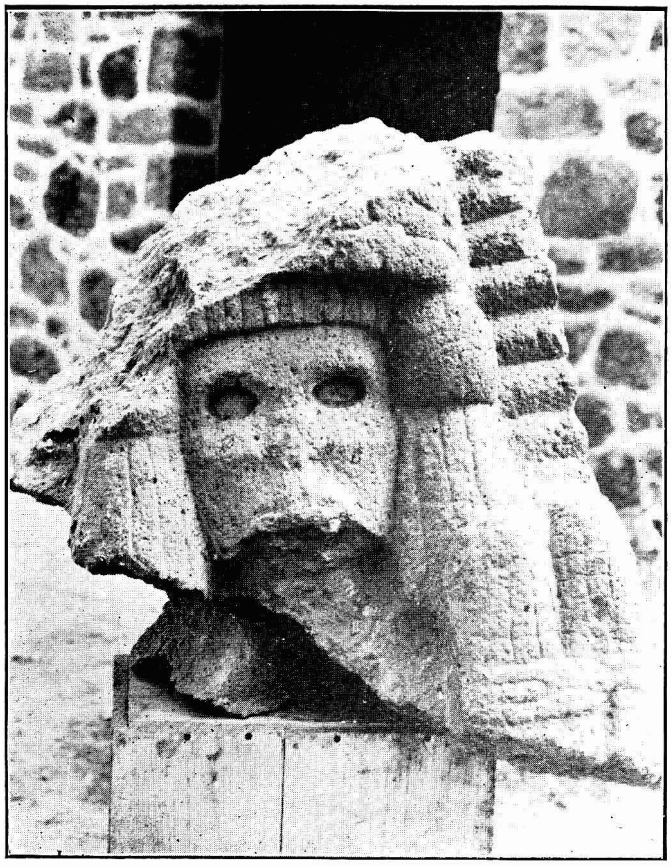

FIG. 10

Tenayuca existen elementos claramente huaxtecos, como el *copilli*, o gorro cónico, y el *amacuexpalli* o *tlaquechpányotl* nucal.

Desde un principio las pirámides de Tenayuca sostuvieron dos santuarios superiores: uno permanente en su situación o posición, el del norte; otro que se desplazó varias veces, al compás del curso del tiempo y de la sobreposición de estructuras correspondientes a las nuevas épocas.

Si el santuario situado al sur, conforme el análisis (obra del Lic. Alfonso Caso) de varios jeroglíficos hallados en Tenayuca, principalmente en las escaleras, revela un culto solar, ¿a qué divinidad pudo estar consagrado el santuario septentrional? A la deidad terrestre.

Dícese sin plena prueba que en el teocalli de Tenochtitlan el correspondiente santuario del norte estuvo dedicado a Tláloc. Empero, no aparecieron en Tenayuca, en las excavaciones, salvo un caso aislado, efigies del dios de la lluvia, ni entre los jeroglíficos se reconocen símbolos que inconfundiblemente lo denoten.

En cambio, la urdimbre de serpientes constituye un emblema claramente conocido como vestidura de la diosa terrestre, de preferencia en aquella de sus variantes o advocaciones llamada Coatlicue.

Si la pirámide de Tenayuca, ciñéndola por tres de sus lados, presenta una banqueta totalmente cubierta de culebras esculpidas, es lógico inferir que se trata de una alegoría de la divinidad en grado máximo venerada del pueblo constructor, acerca de la cual de antemano sabemos, por múltiples razones, que junto con el dios solar era la divinidad terrestre.

En consecuencia, la cintura de serpientes puede interpretarse como una alegoría del vestido de la diosa Teteo-innan, Tlazoltéotl, Chicomecóatl o Coatlicue, esto es, la patrona de la agricultura, madre también del sol en el mito, y señora de la guerra y de la muerte.

Los elementos restantes de la enagua de la diosa, canillas cruzadas y calaveras, no faltan del todo en Tenayuca, ya que entre los escombros se encontraron calaveras de piedra (bien que en menor número que en la cercana pirámide de Santa Cecilia); no parece remoto que otras más hayan adornado el monumento, habiendo desaparecido por las devastaciones de que modernamente ha sido víctima Tenayuca. Además, un altar frontero a la escalera exterior, por el ángulo meridional, contiene tales elementos.

De todas las interpretaciones que pudieran atribuirse a la banqueta del monumento en estudio (emblema de Quetzalcóatl o dios tolteca,

---

Fig. 10.—Fragmento de estatua de la diosa de la tierra, con mazorcas en la mano, encontrada en Tenayuca por el autor. Anverso.

símbolo del año y del siglo, alusiones del fuego, el agua, etc.), sin descartar la posible existencia de aspectos asociativos indirectos, creo la más plausible, la propuesta en líneas anteriores, a saber, que las banquetas ornamentales aluden a la vestidura de la diosa de la vegetación.

Importante escultura de la diosa de la agricultura, descubierta en Tenayuca.—Escrito casi en su totalidad el presente trabajo, y desarrollada ampliamente la tesis expuesta a propósito del culto existente en la localidad y del sentido de los elementos ornamentales de la pirámide, tuve la buena fortuna de descubrir la importante pieza escultórica aquí representada, tal vez una de las principales de Tenayuca. Creo que ella confirma, expresivamente, las inferencias e interpretaciones expuestas (figuras 10 y 11).

Hallóse la pieza en la cerca de una casa contigua a la pirámide, hacia el lado sur.

El material es la cantera andesítica del lugar, lo que muestra que allí fué labrada la pieza.

Encuéntrase medio destruído el ejemplar, pero restan suficientes atributos para identificarlo sin vacilación.

Juzgando por el tamaño del fragmento que se conserva, fué uno de los ídolos grandes de las pirámides, circunstancia que permite suponer que estuvo asentado en parte prominente del monumento.

Resta sólo la cabeza de un personaje (divinidad), con porciones importantes del tocado, el pelo arreglado peculiarmente, el rostro, un hombro y parte del brazo, y los objetos que sostenía en su mano izquierda, a saber, un par de mazorcas.

Tan característica es la representación de estos elementos, tan claro su aspecto, que basta para identificar el ídolo; se trata de una notable representación de la diosa de la agricultura, el numen de los mantenimientos.

El pelo cae a uno y otro lado de la cara, recogido en gruesas guedejas, como en una escultura del Museo Nacional, que se identifica como diosa terrestre de la agricultura por la serpiente que le sirve de cinturón. Con frecuencia la diosa del agua ostenta parecido arreglo del pelo, según se advierte en la conocida "Pretrésse azteque", de Humboldt. Sin embargo, hay en el Museo una escultura de tocado análogo, procedente de Tenancingo, la cual lleva en la espalda el jeroglífico de Chicomecóatl. Por tanto, lo mismo las patronas del agua (Chalchiuhtlicue) que las de la agricultura usaban el pelo ceñido en gruesos cadejos laterales al rostro; y escultóricamente unas y otras aparecen en esa forma representadas, lo que se explica por la relación del agua con la agricultura. En el importante ejemplar

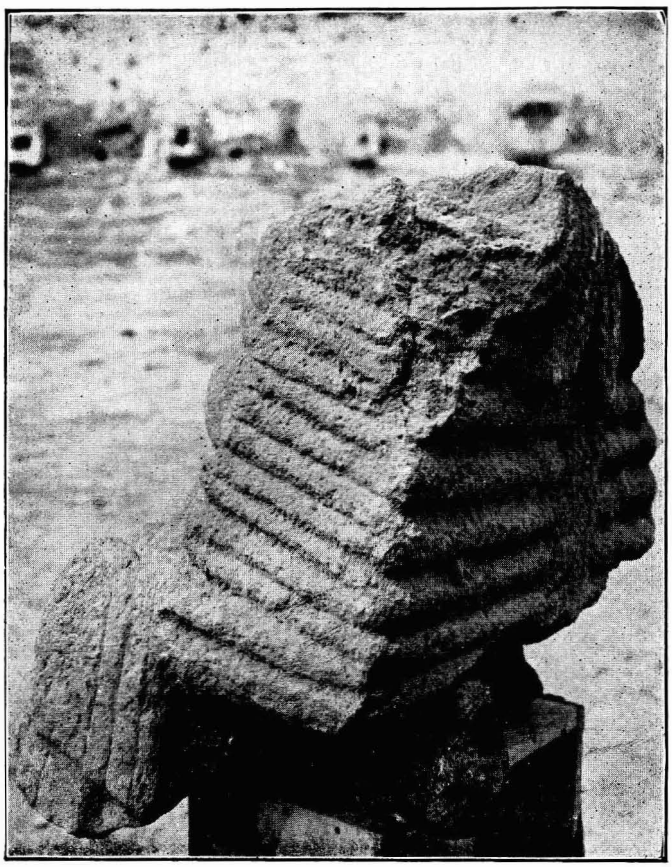

FIG. 11

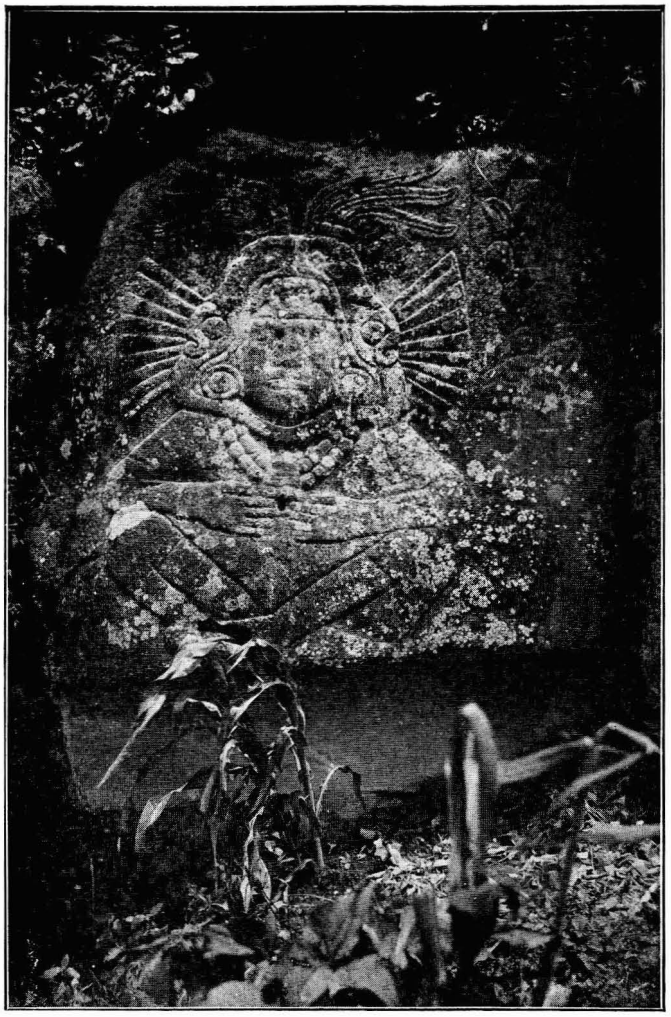

FIG.12

de Tenayuca, la alusión a la deidad terrestre del maíz es innegable, atenta la presencia de las grandes mazorcas que en su mano siniestra sostenía. Trátase, pues, de la señora de la agricultura.

La cara del personaje aparece encuadrada por una banda que le ciñe la frente, y encima desarrollábase el tocado, del cual sólo se conservan restos de plumas entrelazadas como diadema, en disposición que debió haber sido bellísima. Y tres plumas penden hacia la parte posterior. Por cierto que sólo una escultura con tocado semejante conozco hasta ahora, escultura existente en el Museo Nacional sin datos de procedencia. Su cinturón, hecho de una serpiente, confirma que se trata de numen agrícola.

El atavío de la diosa de la vegetación, en lo que concierne a los tufos de pluma, reconócese también en el bajorrelieve de Acatzinco, Estado de México (figura 12), casi desconocido a pesar de su importancia. Por primera vez lo aludí en el "Magazine Geográfico Nacional", el año de 1929. Representa a Chicomecóatl con el rostro emergiendo de las fauces de una serpiente. Porta hermoso *tlaquechpányotl*, y dos tufos de plumas de quetzal despréndense del tocado a manera de penacho. Lleva orejeras discoidales y luce collar de doble sarta de *chalchihuites*. La deidad aparece en actitud sedente, con las piernas cruzadas enfrente; pero carece de *máxtlatl*, lo que indica el sexo. A la izquierda descúbrense las fechas *Dos Acatl* y *Uno Tochtli;* verosímilmente son datas cronológicas (difíciles de identificar porque se repiten cada 18,980 días), bien que la segunda denota el día del nacimiento de la tierra y *Ome Acatl* constituye la fecha de la renovación del siglo.

Agregaré a propósito de este bellísimo relieve (labrado en peñas de una alta montaña que mira a las hondísimas barrancas por donde corre el río de Tenancingo y otros caudales que van a hundirse en las famosas grutas de Cacahuamilpa), que de la efigie misma brota un hilo de agua cristalina, circunstancia que sugiere asociación con Chalchiuhtlicue. Nueva prueba del constante enlace que, naturalmente, ligaba la idea de la vegetación con la del agua.

Por último, la escultura de Tenayuca lleva de gran tamaño el abanico nucal, *tlaquechpányotl*. Dije en líneas anteriores que tal prenda abundó en las representaciones escultóricas huaxtecas; y he sugerido que, acaso, el adorno tiene origen en aquella comarca. En todo caso, seis

---

Fig. 11.—Reverso de la deidad agrícola, y por ende, terrestre, adorada en el santuario septentrional de la pirámide de Tenayuca. Nótese el abanico nucal, originario de la Huaxteca, el cual caracteriza a los númenes de la vegetación.

Fig. 12.—Deidad de la agricultura (Chicomecóatl) y del agua. Cerro de Acatzinco (Tenancingo). Descubierta en 1922 por el arqueólogo C. Flores y el autor.

"ídolos" de Tenayuca lo presentan, abundancia significativa, alusión patente a conceptos de fertilidad. La circunstancia de mostrarlo el ejemplar en estudio, uno de los mayores o acaso el más grande de todos los encontrados hasta ahora en la ciudad de las pirámides—cuando en representaciones aztecas del numen no siempre lo vemos—, robustece la tesis, pienso, de que la Huaxteca fué la patria original del culto después arraigado en Tenayuca, y que dicho culto, en conformidad con los testimonios de la tradición, concentrábase en la señora de los mantenimientos, deidad terrestre de enagua adornada con serpientes y símbolos fúnebres.

Juzgando por analogía, y atentos los atributos que afortunadamente se salvaron de la destrucción en el hermoso "ídolo" en estudio, paréceme que la escultura de la figura 13 puede darnos una idea aproximada del aspecto que ostentaba antaño la estatua de Tenayuca. Quizás este ejemplar—y lo infiero asimismo de su magnitud, comparada con el resto de las esculturas encontradas—se asentó en un zócalo de los santuarios superiores de la pirámide, el septentrional con mas probabilidad, o acaso el meridional, si el numen solar venerado en la pirámide revestía la forma de Mixcóatl. El altar de canillas y calaveras colocado al sur, al pie de la pirámide, y que se compone de los elementos de la enagua de la diosa terrestre, sugiere esta posibilidad, bien que juzgo más plausible la otra, dada la inmutabilidad (que el estudio arquitectónico ha revelado) del santuario del norte (en consonancia con el concepto de la tierra) y la movilidad del santuario del sur, imagen del astro que incesantemente camina en el plano celeste.

Admitiendo estos razonamientos, Tonantzin es la divinidad representada en la estatua, cuyo destrozado fragmento ha venido a dar la clave de la interpretación propuesta en el presente estudio.

He revisado los elementos escultóricos encontrados en Tenayuca, ora en el escombro exterior, bien adentro de los túneles que dieron acceso a las estructuras más antiguas.

Sobresalen por su número las imágenes de númenes de la vegetación, junto con representaciones alusivas a la guerra y al sol. Confirman estos elementos de estudio—escasos vestigios de los muchos que antaño debieron existir, antes de las devastaciones de que la pirámide exterior ha sido objeto—la plena exactitud del aserto del comentarista del Mapa-Tlotzin. Resulta cierto que los chichimecas adoraron preferentemente a dos deidades, Tota y Tona, el sol y la tierra. Y acaso ello se condensó en las formas de Mixcóatl, deidad guerrera y cazadora de las estepas originales del norte, y Chicomecóatl, diosa de la fertilidad, una y otra susceptibles de aludirse jeroglíficamente mediante serpientes. La segunda representa una variedad de Coatlicue y de Tonantzin.

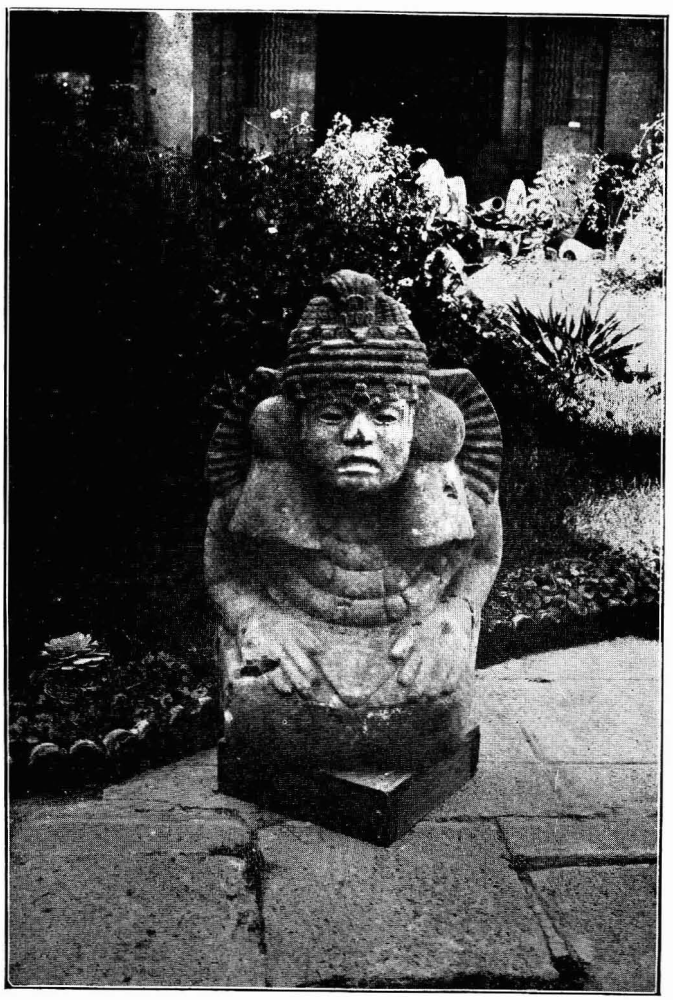

FIG. 13

He aquí, tal vez, la última *ratio* de la presencia de la gran banqueta con culebras pintadas según los colores de los cuatro puntos cardinales—a que los chichimecas consagraban culto, pues con referencia a ellos practicaban el rito de tomar posesión de la tierra—, esa imponente banqueta que ciñe por tres de sus costados la majestuosa construcción de Tenayuca. Representa el vestido de la diosa terrestre.

Fig. 13.—Deidad de la agricultura, en el Museo Nacional. Procede de la donación "Dehesa". Viene del Estado de Veracruz, límites de la Huaxtecapan y Totonacapan. Ostenta mazorcas en el tocado y hermoso "tlaquechpányotl". Su semejanza con la diosa de Tenayuca es notable, comprobando la posibilidad de que la migración chichimeca encabezada por Xólotl procedía de la Huaxteca a su arribo a Tenayuca.